

Un lugar llamado Goldengrove

Un lugar llamado Goldengrove

Francine Prose

Traducción de Gabriela Bustelo

Título original: *Goldengrove*

Copyright © 2008 by Francine Prose

Published by arrangement with HarperCollins Publishers

All rights reserved

© por la traducción, Gabriela Bustelo, 2009

Primera edición en esta colección noviembre 2009

© Duomo ediciones, SL

Calle La Torre, 28 bajos 1ª Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

Grupo editorial Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 32.069-2009

ISBN: 978-84-92723-13-3

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Corrección del texto:

Amelia Padilla

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de mi madre, Jessie

Margaret, ¿sientes congoja
ante Goldengrove ya sin hojas?
La caída, ese asunto humano,
¿con tu juventud, te atañe, acaso?
Ah, el corazón al envejecer,
tales cosas no teme ver.
Con el tiempo, ni un sollozo
por la pálida fronda sin embozo,
pues con el saber cesa el llorar.
Nombre aún no has de dar,
al manantial del pesar.
Ni boca ni mente
sienten ni presienten.
Es nuestra terrena lástima.
Por ti, Margaret, son las lágrimas.

GERARD MANLEY HOPKINS,

«La primavera y el otoño de una niña»

1

Vivíamos a orillas del lago Mirror, y durante años nuestra vida fue tan plácida y transparente como sus aguas. Nuestra casona se amoldaba a la curva de la ribera, por segmentos, como un tren, con habitaciones y porches añadidos uno a uno, década tras década.

Cuando pienso en aquella época, nos veo a los cuatro vadeando los bajíos, admirando nuestro reflejo en el lago cristalino y sereno. Entonces algo –un guijarro, una gota de lluvia– quiebra la superficie y hace añicos el espejo. Una onda llega a la lejana orilla. Nuestros años de mala suerte han comenzado.

Eso es lo que habría pensado Margaret. Mi hermana era la poeta de la familia.

Yo era Doña-Primero-Una-Cosa-Y-Luego-La-Otra. Y es precisamente así como recuerdo lo que pasó.

Pero no fue así. Primero pasó una cosa y luego todo lo demás, como un dominó que cae desencadenando una falla que serpentea hacia el horizonte y se desborda hacia el futuro.

Si todos los relojes y calendarios desaparecieran, los niños aún sabrían cuándo es domingo. Aún notarían ese vacío

irrespirable que se crea cuando el tiempo se oculta tras una cortina, cuando los minutos interrumpen su ordenado tic-tac y se van por el desagüe, uno a uno. Los colores se opacan tras una terca bruma gelatinosa que desdibuja el paisaje. El teléfono no suena y el mundo se esconde, conspirando para fingir que la gente está ocupada haciendo galletas o viendo el partido en la tele. Entonces llega el lunes y el reconfortante ajeteo vuelve a empezar.

Ya antes del día aquel, el domingo siempre se me hacía largo. No es que me gustara demasiado el colegio, pero los fines de semana eran eternos. La soledad, las horas que había que llenar con libros, los deberes, el ordenador y ver películas antiguas con mi hermana, cuando a ella le apetecía. El silencio, y los sonidos de nuestra casa junto al lago. Mi madre tocando el piano y la máquina de escribir –una Selectric prehistórica– de mi padre.

Ese domingo, ese primer domingo de mayo, hacía tanto calor que me entraron dudas: ¿Sencillamente era un día maravilloso, o sería un síntoma del calentamiento global? Hasta los árboles parecían incómodos, desnudos y abochornados, como si estuvieran soñando todos a la vez aquel sueño en el que bajas la mirada y descubres que estás desnudo.

Como dos Cleopatras en su barcaza real, mi hermana y yo nos recostamos, dejando que el barquito vagara lago adentro. Margaret arqueó los hombros, estiró un brazo y deslizó las puntas de los dedos sobre el agua. Era uno de esos gestos de actriz que copiaba de las películas en blanco y negro a las que era adicta. Le gustaba verlas conmigo y nos dejaban quedarnos hasta las tantas, porque nuestra madre decía que íbamos a aprender más viendo *Con faldas y a lo loco*

que en todo un curso de clase. No estaba muy claro a qué se refería exactamente, pero aprendimos a aletear las pestañas y decir: «¿Qué hace una chica en estos casos?», con una vocécita de niña pequeña sin aliento.

Una cosa que teníamos en común Margaret y yo era que se nos daban bien las imitaciones. Nos sabíamos escenas enteras de memoria, como el final de *Los locos del aire*, cuando el Gordo muere en un accidente de avión y se reencarna en forma de caballo con un bigote negro y un bombín. El Flaco se alegra tanto de verlo que le lanza los brazos al cuello, bueno, al caballo poseído por el espíritu gruñón del Gordo.

A veces Margaret hacía un gesto o decía una frase y me preguntaba de qué película era. Su risa plateada era mi premio por acertarlo. La única escena en un barco de remos que me sabía era esa en la que Montgomery Clift tira a Shelley Winters al agua de un empujón. Y estaba bastante segura de que no era eso lo que estaba haciendo mi hermana.

Margaret dijo:

–Esto es celestial.

Me habría encantado ser como ella en vez de una de esas personas que dicen: «¿No te preocupa que se puedan derretir los polos?».

–Tía gruñona –dijo Margaret–. Tómatelo con calma. Es domingo, Nico. Cógete el día libre.

Entornando los ojos soltó los aros de humo hacia arriba, para que rodearan el sol como auras brumosas.

Margaret había prometido a nuestros padres que no iba a fumar. Los padres de mamá y el padre de papá murieron todos jóvenes de enfermedades relacionadas con el tabaco. Nuestros padres habían fumado los dos. Sus amigos empe-

zaron a morir. El arma recién incorporada a su arsenal de la Guerra contra el Tabaco era la mala noticia que nos habían dado en otoño: Margaret tenía una afección cardiaca. Era leve, pero a mí me preocupaba.

Se había desmayado la primera y última vez que mamá nos convenció de que hiciéramos yoga con ella. Aún tengo la foto que nos tomó mi padre ese día en el césped, las tres haciendo el perro boca abajo o alguna otra de esas posturas humillantes que nuestra madre había decidido que le venían bien para la artritis. Margaret, mamá y yo estamos agachadas con la cabeza casi tocando el suelo, como esas serpientes que, según me contó Margaret, se muerden la cola y salen rodando para cazar niños a los que se tragan enteros. Las piernas, que las tres tenemos separadas para mantener el equilibrio, ocupan la mayor parte de la foto, como unos aros de croquet colocados en orden descendente. Lo que no se ve en la foto es que, segundos después de hacerla, Margaret se desplomó sobre un montón de hojas secas. Al principio creímos que lo hacía en broma.

Nuestro pediatra, el doctor Viscott, la examinó y decidió que Margaret debería comer bien, hacer ejercicio y no fumar. Ese tartamudeo en su cardiografía era algo que había que vigilar.

Margaret sabía que podía fumar estando conmigo. Fumar no era, ni mucho menos, el secreto más importante que me había confiado.

Desde el otro lado del lago oímos a mi madre practicando ese sobrecogedor vals de Chopin que siempre me lleva a pensar en un baile de fantasmas. Mi madre no hacía más que equivocarse y volver a empezar. Como siempre quiso ser

pianista, estudió música, pero cambió de planes al conocer a papá y los dos se escaparon juntos y se hicieron *hippies*. Una vez Margaret encontró una foto de ellos recogiendo soja en una comuna del norte de California. Pelo largo, vaqueros con tirantes, pañuelos tipo bandana, papá con barba de Jesucristo.

Durante años, nuestra madre tuvo un trabajo que consistía en escribir textos para cedés de música clásica. Ahora le habían salido unos bultos en los dedos, pero seguía intentando aprenderse cualquier pieza de piano sobre la que le tocara escribir.

–¿Te cuento una cosa rara? –dije–. Cada vez que haces un aro de humo, mamá se equivoca de nota. Puede que sea verdad que tiene telepatía.

–O puede que la tenga yo –dijo Margaret.

Nuestra madre presumía mucho de su capacidad para leer el pensamiento. Creo que quería asustarnos para que no hiciéramos nada de lo que nos tenía prohibido. Le gustaba decir que si sus antepasados la hubiesen conocido, la habrían quemado en la hoguera. Nuestros padres eran los hijos únicos rebeldes de sus correspondientes familias rancias de Nueva Inglaterra, así que evidentemente los dos se tomaron muy en serio todo ese rollo del pacifismo y el amor universal, aunque cuando ellos se apuntaron, el movimiento *hippy* ya casi se había acabado. Creían que el mundo entero se iba a convertir en una granja orgánica, y al ver que no, tuvieron que largarse con lo puesto.

Nuestra casa era donde veraneaban los padres de mamá. Ella la heredó al morir su padre, justo antes de que naciera Margaret. En el cuarto de baño de arriba había retratos de

unas familias puritanas. A mamá le hizo gracia colgarlos ahí, pero por culpa de esos rostros ceñudos tardé bastante en pasar del orinal al cuarto de baño, hasta que mi padre cayó en la cuenta y dio la vuelta a los retratos durante una temporada.

–Hay muchas cosas que mamá no sabe –dijo Margaret, dejando caer otro aro de humo de sus labios–. Venga, ¿quién soy, Nico?

–¿La oruga de *Alicia en el país de las maravillas*?

–Excelente –dijo Margaret.

Me quedé esperando a oír el estruendo que llegó cuando mamá se equivocó tantas veces que aporreó las teclas con el puño. Entonces se hizo un denso silencio, un vacío que anticipé relleno del traqueteo de la máquina de escribir eléctrica de papá.

Era lamentable que la era informática hubiera prescindido por completo de nuestro padre. Ni siquiera sabía pasar la tarjeta por la banda magnética para pagar en el supermercado. Éramos Margaret y yo las que nos encargábamos de hacerlo, mientras las cajeras nos sonreían con amabilidad, pensando que si estuviéramos muertas quizá pudieran ser la esposa, novia o hija de nuestro guapo padre. Curiosamente, esa torpeza paterna no estaba entre los rasgos que Margaret, la gran adoradora de todo lo antiguo –cine, música, jazz, postales de época, ropa de segunda mano–, heredó de él. Ella decía que había nacido demasiado tarde, y la verdad es que era un poco raro vivir en el siglo XXI y pasarse la vida pensando en las décadas de 1930, 1940 y 1950.

En nuestra familia, todo estaba muy compartimentado. Margaret y mamá eran las del talento musical. Margaret y

papá eran los guapos. Margaret y yo éramos las imitadoras. Papá y yo éramos los racionales. Yo sacaba dieces en matemáticas. Me gustaba saber por qué pasaban las cosas y el orden en que pasaban. Mis profesores decían que podía llegar a ser científica de mayor. Al menos eso decía la prueba de aptitud que me hicieron pasar cuando estaba en sexto. Era cierto que en Internet me gustaba seguir los vínculos que iban desde la biología marina hasta el desastre ecológico.

Nadie sugirió nunca que Margaret hiciera una prueba de aptitud. Todo el mundo sabía que iba a ser cantante. Mi padre siempre decía que él y yo queríamos saber qué había detrás de las cosas, pero que a mi madre y a Margaret sólo les importaba cómo sonaban.

Goldengrove, la tienda de libros de papá, estaba en la esquina de Main con West. Sus clientas lo adoraban y compraban todo lo que él les sugería. La verdadera ambición de mi padre era escribir. Desde que yo tenía memoria, se había pasado hasta las tantas entre semana y todos los domingos trabajando en un libro sobre cómo la gente de distintas culturas y épocas se imaginaba el fin del mundo. Decía que se iba a llamar *Escatología para Dummies*

El agua besaba los costados del barco.

–Cántame algo –le dije a Margaret.

En otoño se iba a Oberlin con una beca de música.

–¿Qué te canto? –me preguntó, como si no lo supiera.

En la función del instituto había cantado «Mi graciosa Valentine». La había cantado despacio, con una voz ahumada, grave. La gente se había puesto de pie para aplaudirla. Mamá fue la primera en levantarse del asiento y la última en dejar

de aplaudir, aunque odiaba la canción y había hecho una fervorosa campaña en contra.

–¿Por qué tiene que ser ésa? –preguntó mamá a Margaret–. Hay muchísimas canciones bonitas. Canta «Little Girl Blue» si de verdad quieres dejar a todo el mundo hecho una mierda, cariño. Pero... ¿«Mi graciosa Valentine»? Un gilipollas condescendiente diciéndole a la pobre patito feo que no le importa si tiene la boca un poco floja. *Risible. No fotografiable.* ¿Y eso de que le está haciendo un *favor*, aunque ella no sea *como una estatua*?

–¿Qué quiere decir eso? –pregunté yo.

–Que la chica tiene un cuerpo –dijo mamá–. Un cuerpo femenino normal.

Margaret dijo:

–Es una canción de amor, ¿sabes? No es lo que yo pienso del amor. Ni lo que piensas tú, mamá. Es lo que una persona concreta cree que es el amor.

–¿Una persona? –dijo mamá–. Un tío. No te confundas.

A mí me daba igual que a mamá no le gustara la canción. Para mí era una promesa. Un día vendría un chico y me querría por mí misma, aunque no fuese fotografiable, o pesase unos kilos de más. Ser el amor risible de alguien era mejor que no ser el de nadie, con o sin risas.

Margaret se bajó las tiras del traje de baño para irse poniendo morena antes que nadie. Yo llevaba uno de esos bañadores enteros que las revistas llaman adelgazante. Tiré del elástico hacia arriba, enseñando unos muslos blancos y llenos de lunares.

–¿Estoy gorda? –le pregunté a Margaret–. Dímelo.

–Estás perfecta, Nico.

–No me has mirado –le dije.

–No me hace falta –me dijo–. Ya sé cómo eres. Yo era igual cuando tenía tu edad.

–¿Estabas gorda hace cuatro años? No me acordaba.

–No-estás-gorda –dijo Margaret.

–Entonces ¿qué me estás diciendo? –le pregunté, aunque sabía que no se refería a eso–. ¿Que dentro de cuatro años yo voy a ser igual que tú?

–Hazme caso en este tema –dijo Margaret–. Te guste o no.

La gente decía que nos parecíamos, pero yo no lo acababa de ver. Margaret era la hermana guapa, espigada y rubia. La brisa del lago olía a su aroma perfecto. Margaret olía a galletas haciéndose en el horno. Ella decía que no era ningún perfume. Sería su esencia, entonces. La hermana rechoncha y torpona era yo. Y aún tenía un olor polvoriento, como de niña pequeña.

Nuestros padres se habían equivocado al ponernos los nombres. Margaret tendría que haberse llamado Nico y yo, cualquier otra cosa. Nos contaron que lo de Margaret fue por un verso de un poema. En cuanto a Nico, nos dijeron que les gustaba como sonaba, pero yo no me lo creí.

Papá aún tenía su tocadiscos y su colección de discos. Por eso Margaret descubrió lo de Velvet Underground y Nico, con esa voz tristona, como si se hubiera tragado una tiza. Era curioso que tuviera una voz tan parecida a la de Margaret, pero hueca y agotada, y con tanto acento extranjero que parecía que iba aprendiendo las palabras al cantarlas.

Margaret trajo del videoclub un documental sobre Nico, y vimos la triste historia de la superestrella alemana que se apagó después de sus quince minutos de fama. Pero mi her-

mana estuvo muy callada, hasta el final. No me gustó nada como estaba sentada, tiesa, inclinada hacia adelante, fijándose en todo, estudiándose.

Cuando le pregunté a mamá si me llamaba Nico por ella, pareció pensárselo y luego me dijo:

–¿De verdad nos crees capaces de ponerle a una hija nuestra el nombre de una yonqui wagneriana medio zombi? Por cierto, ésa sí que es una canción horrenda. No seas nunca el espejo de nadie, cielo.

Me agaché y metí la mano en el agua. Estaba helada. El lago sí sabía que aún no había llegado el verano.

–Por favor –le dije a Margaret–. Cántame «Mi graciosa Valentine». Sólo para mí, una sola vez.

Con un gesto chulesco del índice y el pulgar que había aprendido en alguna película de cine negro de los años cuarenta, Margaret hizo rebotar su cigarrillo sobre el lago. Luego bajó lánguidamente los párpados y empezó a cantar.

Siempre la cantaba de una manera distinta, pero siempre era puro sexo. Cuando cantaba lo de *Quédate, pequeña Valentine, quédate*, sonaba a miel, como un código femenino adulto para decir *Por favor, házmelo, por favor*. Admiré su valor por haberse atrevido a cantarla así delante del colegio entero y aún me asombraba que los profesores, madres y padres se hubieran levantado en masa para aplaudirla. Al final hubo un padre asqueroso que hasta lloró y todo. ¿Es que no se daban cuenta de que en la vida la habría cantado así si no se estuviera acostando con su novio, Aaron?

Quizá no estuvieran aplaudiendo a Margaret, sino al hecho de que alguien en Emersonville tuviera talento como para marcharse del único sitio del planeta al que no había

llegado el teléfono móvil. A partir del 11 de septiembre, los *yuppies* empezaron a marcharse de la ciudad y les dio por comprarse casas alrededor del lago. Decían que tardarían en acostumbrarse, pero acabaron encantados de vivir en el campo: sin móvil, sin BlackBerry y a un ritmo de vida más lento. Como en todo el mundo civilizado, los jóvenes vivían enganchados al teléfono y mandándose mensajes de una habitación a otra. Pero los rascacielos más cercanos estaban en Albany o Pittsfield, así que mi hermana y yo y nuestros amigos del colegio vivíamos en una burbuja fuera del tiempo. No era raro que Margaret estuviera obsesionada con el pasado. Vivíamos en él, hasta cierto punto. Pero yo había jurado que un buen día me iría a Boston o a Nueva York. Margaret y yo sí que éramos capaces de vivir en una ciudad, aunque nuestros padres no.

*–Pero mi obra de arte preferida eres tú –*cantó mi hermana al lago, a los árboles y al sol.

Yo sabía que, en el fondo de su corazón, se lo estaba cantando a Aaron. Era curioso cómo la música lo cambiaba todo, de forma que, nota tras nota, el lago Mirror empezó a parecerse a uno de los cuadros de Aaron.

En la misma función del instituto, Aaron hizo una presentación en PowerPoint de sus cuadros del lago con los cambios de luz y de estación. El primero era el Cuatro de Julio, con unas estrellas de colores que explotaban y se mecían sobre el agua negra. Curiosamente, todo el mundo se dio cuenta de que no eran paisajes normales, sino algo especial y nuevo, como si un maestro clásico hubiese decidido pintar sobre terciopelo. El público tragaba aire cada vez que aparecía una imagen nueva, hasta que se oían a sí mismos y

les entraba la risa. Aaron esperaba un poco, luego hacía clic para poner la siguiente imagen y el público volvía a suspirar.

Margaret era la cantante, Aaron, el pintor. Eran la pareja de moda y su resplandor eclipsaba el débil brillo del capitán del equipo de fútbol y su novia la animadora tiradilla. Eran dos superhéroes con superpoderes. Aaron veía más que una persona normal. Una vez, cuando íbamos en coche él, Margaret y yo, había parado para enseñarnos un bosquecillo de setas naranjas como dedos saliendo del musgo. Margaret siempre era la que oía el primer trueno, o el ruidillo de un ratón tras la pared, o una frase maravillosa de Billie Holiday que se me había escapado aunque me hubiera puesto «God Bless the Child» mil veces.

—*¿No eres como una estatua bonita?*

La frase navegó sobre el lago mientras procuraba no acordarme de mi madre burlándose de la idea.

Margaret y Aaron estaban enamorados. Yo les servía de tapadera. Margaret les decía a mis padres que me iba a llevar al cine, me dejaba a mí viendo la película y pasaba a recogerme con Aaron cuando se acababa.

De camino a casa yo le contaba a mi hermana la película, por si le preguntaban algo. Pero nunca pasó. Siempre decían que mentir era peor que lo que se disimula con la mentira. Yo sabía que aunque tuvieran razón, no se puede vivir en familia sin una mentira o dos que hagan de cojín entre tú y la gente a la que quieres. Si tienes suerte, puede que la mentira no sea tan enorme como la de Margaret fumando y acostándose con su novio.

La primera vez que Margaret salió con Aaron, él vino a casa a conocernos. Mamá y papá le interceptaron en la

puerta, un muro corporal que ellos pretendían hacer pasar por una maniobra acogedora y amable. Él les dio la mano, empezando por mamá, que hizo una mueca rara. Entre Aaron y mi padre pasó una corriente eléctrica, chispas cargadas de información que ninguno de los dos quería recibir. Cuando a Aaron le tocó el turno de saludarme a mí, tenía la palma de la mano tan mojada que tuve que contenerme para no secarme la mía en mis pantalones vaqueros.

Al día siguiente papá dijo:

–El tío ese es un poco como una ardilla. Seguro que tiene un arsenal de bellotas y lo que de verdad le pone es no contar a las demás ardillas dónde lo ha escondido.

Margaret le dijo:

–Eso lo dices de todos los tíos con los que salgo. Siempre que traigo a alguno a casa, la cosa acaba como *Romeo y Julieta*.

La verdad es que sólo había salido con uno, recién llegada al instituto, y no había durado nada. Él estaba en el último curso y llevaba una tuerca en la oreja que le había hecho ganarse el mote de Turbo.

–Puede que pienses que un tío que quiera salir conmigo debe tener algún problema –dijo Margaret.

–Todo lo contrario –dijo papá.

–Yo entiendo lo que dice tu padre –intervino mamá–. El chico es demasiado guapo. Un pequeño Adonis que parece creerse un recipiente de algún aceite precioso del que te echará unas gotas si tienes suerte.

–Qué raro que habiéndote casado con papá odies a alguien por ser guapo –dijo Margaret.

–No es que lo odiamos –dijo mamá–. La palabra odio es un poco exagerada, querida.

–Se acabó –dijo nuestro padre–. A ese chico le falta un tornillo y ya está.

Siempre nos daba vergüenza cuando mi padre usaba expresiones blandas y anticuadas como ésa. No es santo de mi devoción. Cuando el río suena, agua lleva.

–¿Qué tornillo le falta? –preguntó Margaret.

–No sé, cariño –dijo papá–. El que mantiene unido el mecanismo.

–¿Tienes floja la boquita? ¿Cuando la abres para hablar, eres lista?

Margaret alzó la voz y se detuvo un poco al llegar a la palabra «lista». Le daba un toque divertido, de coqueteo, no como si fuera una lista de virtudes que un tío le dice a su novia que no tiene.

Mamá y papá le dijeron a Margaret que no podía fumar, pero no que no pudiera ver a Aaron. Siempre decían que era un error prohibir cosas a los hijos, porque entonces se convierten en su máximo empeño. Oyéndolos hablar parecía que los cuatro estábamos metidos en un proyecto de educación infantil y que al tratarnos como a personas semi-mayores iban a conseguir que les obedeciéramos. Pero se pusieron tan pesados con lo de Aaron –pequeño Adonis, le falta un tornillo, y demás– que era más sencillo fingir que Margaret y yo nos íbamos juntas al cine.

Además, a Margaret le gustaban las conspiraciones, los códigos, las señales secretas, su versión de las tácticas de esos valientes mensajeros de la Resistencia que engañaban a los nazis en sus adoradas películas francesas sobre la

Segunda Guerra Mundial. Teníamos un sistema bien montado: Margaret y yo íbamos hacia la ciudad en el coche de mamá y quedábamos con Aaron en un sitio concreto. Aparcábamos el coche de mamá detrás de una granja, nos metíamos en la ranchera de Aaron, y entonces me dejaban en el cine Rialto, con sus molduras falsamente antiguas y su olor a humedad.

–No te toques ni un pelo por mí, no si de verdad me quieres.

Nuestro barquichuelo se dejó arrastrar por la corriente, giró y luego se quedó parado.

Yo a veces intentaba ver a Aaron desde la perspectiva de nuestros padres. *Ardilla* no parecía la mejor palabra para definir a un tío simpático que, igual que mi hermana, parecía emitir un dorado resplandor. *¿Le falta un tornillo?* Margaret tenía razón. Se habrían metido con cualquier chico al que llevara a casa.

Aaron iba muchas veces con las manos y los vaqueros manchados de pintura y, una vez, cuando apareció con una cometa azul en la frente, estuve a punto de quitársela con la mano, pero Margaret se me adelantó. Aaron me trataba como a una persona normal, no como los chicos de mi clase, para los que yo era sólo una ventana a la que se asomaban buscando una chica más sexy y con más pecho.

Al salir del cine, Aaron me pedía que imitara a los actores. Mi imitación de Julia Roberts, sobre todo, les daba mucha risa a los dos. Él me llamaba «nena», que seguro que venía de alguna película que había visto con Margaret. Les gustaban las mismas cosas –jazz, películas antiguas, arte–, aunque no sé si a Aaron ya le pasaba antes de que empezaran a salir.

–*Quédate, Pequeña Valentine, quédate.*

Perezosamente, el barco giró sobre sí mismo, hasta que a Margaret se le iluminó el pelo a contraluz. Cuando levanté la mirada hacia el sol, mi hermana brillaba como una vela. Tenía los ojos cerrados con fuerza y me di cuenta de que no estaba pensando en nada más que en la música.

Las últimas volutas de ese *Todos los días son San Valentín* se quedaron flotando sobre el agua, como la nube de calor y mosquitos que brillaría en ese mismo sitio cuando de verdad fuese julio en vez de este falso día de verano.

–¿Vas a quedar con Aaron esta noche? –le dije, preguntándole qué película estarían poniendo en el Rialto.

Nos quedamos un rato tan largo oyendo a mamá tocar sin equivocarse que empecé a relajarme.

–No lo sé –dijo Margaret–. Esta mañana nos hemos peleado por teléfono.

–¿Una pelea seria? ¿Sobre qué era?

–Nada. Nada importante. Aaron está medio loco.

–¿Loco cómo?

–Pues rarito –dijo Margaret–. A veces hay que tener cuidado con él.

–¿Rarito cómo? ¿Cuidado cómo?

Margaret hubiera querido decir algo, pero no lo iba a decir.

–¿Le falta un tornillo?

–Justo. Le falta un tornillo.

Qué alivio dejar de hablar de Aaron y empezar a hablar de papá.

–Qué más da –dijo ella–. ¿Tiene algún sentido esta historia? Aaron y yo nos marchamos los dos en septiembre. Él

se enamorará de la primera chica que se desnude en clase de arte.

–¿No le vas a echar de menos? –pregunté.

–Ya os echo de menos a todos. A ti, a mamá, a papá. A Aaron también, supongo. Y ni siquiera me he ido todavía.

–Pues entonces cállate, ¿vale?

–Perdona. Ya sabes que te voy a echar de menos, Nico. Sabes que me da pena irme.

Había decidido olvidarme de que Margaret se iba y dedicarme a disfrutar del verano. El verano anterior había estado interna en mi colegio antiguo, y el anterior estuve en un programa de actividades del municipio y pasé una semana en un campamento de fútbol. Este verano pensaba leer, ver películas, nadar con Margaret, pescar un pez o dos y que papá los preparara para la cena, y no iba a perder ni un solo minuto antes de que mi hermana me dejara sola con mis padres.

Estando los dos con los ojos cerrados y el sol dándonos en los párpados, pensé que podía hacerle una pregunta que jamás me hubiera planteado hacerle mirándola a la cara.

–¿Te puedo preguntar una cosa?

–Sorpréndeme –dijo.

–¿Te estás acostando con Aaron?

Se encendió otro pitillo. Me arrepentí de habérselo preguntado.

–Te había dicho que me sorprendieras.

–¿Sí o no?

Margaret hiló un donut de humo con los labios abiertos.

–Sí. Pero ya lo sabías, Nico.

El caso era que nunca lo habíamos hablado. Margaret y Aaron ni siquiera se daban la mano cuando yo estaba delante. A veces me los imaginaba en la cama hasta que me entraba una sensación extraña, como si se me disolviera algo desde el centro hacia afuera. ¿El sexo sería así? No lo sabía. Me gustaba y no me gustaba. Me parecía morboso y enfermizo. No tanto la sensación en sí como lo de pensar en mi hermana con su novio.

Durante unos segundos me distraje con las ramas rojas de mis párpados. El sol intentaba convencernos de que la tarde iba a durar más aún. En cuanto empezara a anochecer, Margaret querría irse a casa. Una vez me contó que a la hora del crepúsculo era cuando salían del lago los espíritus de los muertos, para organizar la juerga de esa noche. Le encantaba contarme historias de miedo. Siempre, bueno, casi siempre, lo único que quería era asustarme. Pero lo que más miedo me daba era que ella se lo creía a medias.

–¿Cómo es? –insistí.

–¿Cómo es el qué?

–El sexo.

–Por Dios, Nico. No me puedo creer que me lo preguntes –dijo, pero al cabo de un rato dijo–: ¿Te acuerdas de que cuando salimos a tomar un helado tú nunca sabes qué sabor quieres?

Después de recogerme en el cine íbamos en coche a Dairy Divine. Siempre tardaba siglos en decidir qué quería hasta que, desesperada, me rendía y acababa eligiendo algo horroso. Sabía que sólo era un helado. Pero la vainilla con trozos de cereza y el asqueroso caramelo con moca y pasas parecían un símbolo congelado de todo lo que iba mal en mi

vida. Aaron y Margaret nunca se impacientaban ni intentaban agobiarme o avergonzarme. Margaret decía que la indecisión y el arrepentimiento tenían algo de sagrado. Me contó que hay una expresión francesa –el espíritu de la escalera– destinada a esa voz que te sigue, minutos después de lo sucedido, para reírse de lo que has dicho y darte la respuesta perfecta que no se te ha ocurrido. Nosotras hasta teníamos un código para ese trance: SOS, lo llamábamos.

Margaret siempre pedía pistacho, que sabía a detergente de cocina. Le hacía gracia el color. Le gustaba que el colorante verde de cerezas de marrasquino le manchara los labios y la lengua, y cuando acababa de tomárselo nos sonreía, dejándonos a Aaron y a mí asombrados de que pudiera estar tan guapa con la boca y los dientes verdes. A veces, el chico del mostrador le ofrecía una servilleta como si quisiera que se la firmara.

Aaron lo tomaba de café con nata batida, a veces de crema de pacanas. Margaret le dejaba probar el suyo y ella tomaba mordisquitos del de Aaron. Algo en esa manera tranquila y confiada de intercambiar sabores fue lo que me hizo pensar por primera vez que se habían acostado mientras yo estaba en el cine.

¿Cuándo habíamos pasado de hablar de sexo a hablar de helados?

–Ya sé que a Aaron le pongo nervioso con eso. Aunque se lo toma muy bien, me quiere matar, ¿verdad?

Margaret se encogió de hombros.

–El sexo es lo contrario de no saber lo que quieres –me dijo–. Es como no tener cerebro. No hace falta pensar. Sabes exactamente lo que quieres.

¿De qué estaría hablando? Margaret cada vez se parecía más a mamá. No voy a volver a tomar helado nunca, pensé.

–Nos hemos dejado la crema protectora –le dije.

–A ti te sienta bien estar morena.

–A mamá le va a dar un ataque. Cáncer de piel, ¿te acuerdas?

–Qué raro que a mamá le dé un ataque –dijo Margaret, sacando medio cuerpo del barco–. ¿Ves el fondo? Mira, Nico. Mira eso.

Miré tanto que casi volcamos. Una forma oscura pasó a toda velocidad.

–¿Has visto lo que era?

–Sí –mentí.

–No es verdad –dijo ella –. Pero qué más da. ¿Sabes que hay un lago en Macedonia donde los peces tienen setenta millones de años? Si viéramos el fondo, quizás pudiéramos ver peces que llevan aquí todo ese tiempo.

–¿Un pez vive setenta millones de años?

Siempre se inventaba los datos científicos, desde que éramos pequeñas. Me contaba que si todo el mundo se pusiera los relojes al revés, el tiempo iría hacia atrás. Me decía que los pavos eran tan tontos que se ahogaban cuando llovía, y que si andabas con los ojos cerrados empezabas a tener mejor oído. Lo malo era que había cosas que eran verdad. Quizá sí que hubiera peces viejísimos en un lago como el nuestro. Me habría gustado que existiera una autoridad con la que poder verificar las historias que contaba mi hermana.

Margaret suspiró.

–Me refiero a la especie, Nico. No a cada trucha individual.

–Graciosa –le dije.

Una sombra oscureció el agua. El verano pasado habían empezado a salir algas –a papá le parecía una ironía evidente– en la superficie del lago Mirror. El pasado agosto ya era una amenaza ecológica y ahora la ciudad entera estaba atenta para ver si el brote se reproducía. En unas semanas iba a haber un consejo municipal sobre el verdín del lago. El *fitoplancton*. Era una palabra que me gustaba saber.

–No si el fitoplancton las deja sin aire –dije.

–Menuda listilla –dijo Margaret, resoplando.

El giro que había dado la conversación me estaba deprimiendo. Porque yo nunca sería poética y guapa como Margaret. Ni daría con un chico que me cantara canciones como «Mi graciosa Valentine».

Pero mejor no tocar más ese tema.

–No deberías fumar –dije.

–¿Por qué no? Un pitillo no me va a matar. Dios mío, hablas como mamá.

–Con éste van tres. Tres pitillos en una hora.

Margaret me dedicó una mirada larga e impenetrable. ¿Era indignación? ¿Cariño? ¿El sol que le molestaba en los ojos?

Se puso de pie. El barco se tambaleó ligeramente.

–Fúmate esto.

Sonrió y me hizo un saludo gracioso que le había copiado a Ginger Rogers. Y se tiró de cabeza al agua.

La miré nadar hacia el embarcadero. Pensé que los peces de setenta millones de años mirarían hacia la luz y verían a

un delfín terso y elegante pasándoles por encima. Me iba a tocar remar de vuelta. El ejercicio me vendría bien si quería parecerme a Margaret. Primero tenía que descansar un poco. Veía manchas solares titilando en el dorso de mis párpados.

Me incorporé y miré para ver dónde estaba Margaret. Normalmente se tumbaba en el muelle a tomar el sol, esperándome para ayudarme a amarrar el barco. Quizá la habían llamado por teléfono. Me estremecí, como si hubiera pasado por una zona más fría.

Remé todo lo deprisa que pude y, jadeando, subí el barco a la orilla. Mi madre seguía practicando ese vals siniestro de Chopin. No veía a Margaret por ninguna parte. Aún sin aliento, la llamé una y otra vez.

Tuve que entrar en casa, ponerme delante de mi madre y mover los brazos para que dejara de tocar.

–¿Has visto a Margaret? –le pregunté.

–No –dijo.

–No la encuentro –contesté.

–Seguro que está bien –dijo–. ¿Qué le iba a pasar?

–No la encuentro por ninguna parte.

El tono nervioso de mi voz logró penetrar el tupido trance en que estaba sumida.

Levantándose de la banqueta del piano, me dijo:

–Pero... ¿dónde está, Nico? Vete a buscarla.